

## Estoy condenada por las catástrofes de mi tierra.



“Corral. La culpa la tuvieron el muro de Berlín y el maremoto de Corral”, -dice Violeta en su diario, que por fin he tenido la valentía de abrir.

Aquel día de mayo de 1960.

Entonces yo era una niña, pero no Eduardo. Él cumplió en esa fecha los veinte años. Y me contó muchas veces el cuento: el mar se retiró para adentro, para adentro, muchos kilómetros. La gente, sorprendida, maravillada, corrió hacia este nuevo suelo de arena húmeda que nunca había visto. Hundían sus tacones y sacaban mariscos, contemplando embelesados esos tesoros secretos al descubierto. De súbito se oyó un estrépito que se acercaba desde el horizonte. Era un rumor gigantesco, como si, furioso, el mar rugiera. Un sonido extraño nunca antes escuchado y que, probablemente, nadie volvería a oír. Eduardo miró hacia arriba y pensó: algo muy malo va a pasar. El cielo cambiaba sus colores, todo se ennegreció. A lo lejos, muy a lo lejos, avanzaba hacia la costa una enorme ola, treinta metros de altura, negra, y el cielo dale con cambiar de color\*: con el rugido venía el rojo, luego el azul, incluso verde se puso el cielo. Eduardo echó a correr como un loco cerro arriba. Lo enneguecía la luminosidad del cielo, esos colores que se trucaban. Tomó su bufanda, se la puso sobre los ojos y por una pequeña abertura miraba el cerro por el cual corría y corría, desafortadamente, subiéndolo. Apenas llegó a la cima, habiendo puesto la tierra pedregosa de por medio, volvió la cabeza y tuvo tiempo de ver la ola gigante abatiéndose sobre la costa de Corral. El agua lo cubrió todo. Todo. Se tragó, voraz, absolutamente todo lo que encontró en su camino.

Eduardo miró. Con sus ojos había visto cómo el mar se completaba con lo que él había tenido. Se quedó completamente solo. Su casa y la casa de sus padres habían desaparecido. Su familia, esposa, hija, padre y madre, cada uno de los miembros de su familia enredado entre las aguas, sumergido entre las aguas, muerto entre las aguas.

Eduardo había creído hasta entonces que los huérfanos sólo existían en los cuentos.

Fragmento de *Antigua vida mía*, Marcela Serrano, Alfaguara, 1995.

### Dale con cambiar de color\*

¡dale! Es una interjección que se emplea de forma familiar para reprobar con enfado la obstinación. Ejemplo: ¡Dale que dale! = ¡Dale que te pego! = No insistas, no te empeñes.



**Tipología de texto:** texto literario.



### Actividad 1

1. Escucha el texto sin leerlo.
2. Nueva escucha con el texto.



### Actividad 2

Ve al libro página 77 y realiza las actividades de comprensión.



### Actividad 3

Descubre una autora.

Busca en internet páginas sobre Marcela Serrano.

Prepara un power point con su foto, su biografía y su obra.

Presenta tu trabajo a la clase o al profesor.